

EL MIEDO TAMBIÉN GUSTA

UN VIAJE AL CINE DE TERROR

MIGUEL ÁNGEL VÁZQUEZ FREIRE

EXPERTO EN MEDIOS DE COMUNICACIÓN

¿Deben nuestros hijos e hijas ver películas “de miedo”? ¿Con qué criterios? Este trabajo reflexiona sobre la importancia de poner ciertas dosis de intriga en nuestras vidas.

CUENTOS TRADICIONALES

Permítaseme que comience con una anécdota personal. Tengo una sobrina a la que le gusta que, de vez en cuando, le lea cuentos. Ella aún no sabe leer. Durante un tiempo le leí libros, con versiones de cuentos tradicionales, que eran distribuidos por un diario de gran difusión. Pero indefectiblemente estas versiones modificaban el contenido de los relatos originales con la finalidad de atenuar sus aspectos más dramáticos. Así, Caperucita y su abuelita no eran devoradas por el lobo porque el leñador llegaba a tiempo. Tampoco los padres de Pulgarcito abandonaban a sus hijos en el bosque sino que eran éstos quienes se extraviaban. En fin, que ni siquiera las brujas malvadas eran ni brujas ni malvadas. Yo me negué en redondo a aceptar tales falsificaciones y, sobre la marcha, alteraba el texto recuperando los episodios originales. Mi sobrina, desde luego, pasaba verdadero miedo, como lo han pasado todos los niños, cuando el lobo le decía a Caperucita aquello tan terrible de: “¡Para comerte mejor!” Su madre no estaba muy convencida de que mi fidelidad a los clásicos fuese todo lo recomendable que yo creía porque no acababa de ver qué de bueno había en que tuviese que pasar miedo. Un día conversábamos sobre ello, sin saber que la niña andaba cerca. Entonces, ésta tiró de una manga a su madre y le espetó una frase que tengo desde entonces como la mejor definición del valor del miedo en los relatos para niños: “Mamá, el miedo también gusta”.

Los psicólogos llevan años tratando de explicar este aparentemente paradójico fenómeno que mi sobrina descubrió espontáneamente antes de cumplir los cuatro años. Los cuentos tradicionales infanti-



les, con los que durante tantos años las mamás y los papás han dormido a sus hijos, desde Caperucita y Pulgarcito hasta Hansel y Gretel, Blancanieves o La Bella Durmiente, por no hablar del terrible Barbazul, están llenos de episodios de auténtico terror. Y aunque no faltan reacciones tendentes a despojarlos de todos esos contenidos, como en el ejemplo de las versiones edulcoradas que acabo de referir, la mayoría de los psicólogos infantiles (obviemos ahora lo que hay de atentado literario y estético en esas mutilaciones) coinciden en que en estos cuentos el miedo cumple una función positiva e incluso placentera. Enfrentado a esas situaciones, el niño o la niña vive simbólicamente, y de forma controlada, oscuros terrores que guardan relación con la radical inseguridad de su propia situación en el mundo. Si el cruel abandono de sus hijos por parte



de los padres de Pulgarcito probablemente reproduce un fenómeno que históricamente se repitió en las sociedades campesinas sometidas a la continua amenaza del hambre, para el niño de hoy que escucha el cuento es una manera de representarse su propio e inconfesado temor a ser abandonado, o simplemente no querido, por sus padres. El regreso de Pulgarcito, llevando consigo un tesoro después de vencer al ogro, exorciza ese temor y le reafirma en la confianza de que, en efecto, él merece ser querido y sus padres finalmente tendrán que reconocerlo. Porque, eso sí, para que el miedo pueda jugar su papel positivo es preciso que vaya acompañado de mecanismos complementarios que eviten al niño quedar atrapado en un terror paralizante. Por eso la gran mayoría de los cuentos infantiles acaban en un final feliz, aunque el mecanismo compensador no tiene por qué necesariamente adoptar esa forma. La versión de Perrault, por ejemplo, acababa con la muerte de la abuela y la niña (el cazador sólo aparece en la versión de los Grimm). La moraleja, en forma de poema, con que el autor francés cierra el cuento, no deja ningún lugar a dudas acerca de su intención educadora: advertir a las niñas de que no se acerquen a hombres desconocidos que puedan abusar de ellas. La niña que lo escucha debe

saber que sólo hay un modo de escapar de la trágica suerte de Caperucita: no detenerse en parajes solitarios a hablar con lobos... esto es, con adultos.

MIEDO Y EMOCIONES

¿Debemos permitir que los niños pequeños vean películas de miedo? Lo primero que habría que precisar es qué entendemos por "películas de miedo". En el cine hay diversos géneros que tienen al miedo como elemento fundamental de sus procedimientos narrativos, aunque seguramente los más característicos son los llamados "de suspense" y "de terror". En principio, no son géneros especialmente indicados para espectadores infantiles aunque sí muy apreciados por los adolescentes (e, incluso en este caso, cabría discutir acerca de la idoneidad de ese aprecio desde el punto de vista de su desarrollo afectivo, algo sobre lo que se hablará

más adelante). Como sucedía con los cuentos infantiles, para que el miedo pueda jugar un papel positivo, en una historia dirigida a pequeños espectadores, es preciso que éste no ocupe un espacio absorbente a lo largo de todo el relato. No debemos someter al niño a una tensión permanente y angustiosa, como sucede en gran parte de los filmes de los géneros citados. La sensación de miedo debe ir siempre inmediatamente acompañada de elementos que permitan advertir un camino de salida para liberarse de ella. La productora Walt Disney lo sabe muy bien y en sus largometrajes se advierte una astuta economía de las emociones. Sus personajes malvados (las madrastas – brujas de *Blancanieves* y *La Cenicienta*, la Cruela de *101 dálmatas*) llegan a tener un gran atractivo y sus amenazas sobre los protagonistas positivos, con los que se identifican los pequeños espectadores, parecen por momentos insuperables. Pero no es así sino que, al contrario, ese momento pronto se supera. Incluso cuando los sitúa ante el miedo radical, el miedo a la muerte, el gran manipulador emocional consigue que los niños, después de llorar terriblemente con la muerte de la madre de Bamby, por ejemplo, acaben olvidando las lágrimas al poco tiempo.

MANIPULADOR EMOCIONAL

He utilizado la expresión "manipulador emocional" con la intención de destacar que, así como en los cuentos infantiles tradicionales la función del miedo responde a un mecanismo plenamente justificado y psicológicamente positivo, no estoy muy seguro de que en el caso de los filmes de Disney siempre suceda así. Muchas veces –es lo que ocurre en la citada escena de la muerte de la madre de Bamby o también en el humillante fracaso inicial de Dumbo- parece más bien que la tensión se alarga artificialmente con el fin de jugar con las emociones del espectador, más allá de lo que la lógica interna al propio relato exige. Pero, incluso en estos casos, se mantiene la percepción de que finalmente la tensión acumulada podrá ser liberada. Por esta razón, cuando aquí hablo de una manipulación emocional no positiva, lo hago no porque el miedo resulte insoportable, sino porque la utilización de las emociones procura el engaño del espectador, el bloqueo de su capacidad para juzgar. Es el mecanismo característico de los malos melodramas, que tan bien manejan los culebrones televisivos. No me parece, por lo tanto, positivo porque dificulta el desarrollo en el niño de capacidades de juicio más autónomas y, al contrario, habitualmente le fuerza a establecer dicotomías maniqueas simples (estos son los buenos, con los cuales me identifico, por los cuales lloro, con los cuales río; estos son los malos, a los cuales desprecio, por cuya causa sufro, cuya destrucción pido).

EL TERROR CLÁSICO

La presencia de episodios de miedo en las películas infantiles, por lo tanto, no tiene por qué ser algo malo en sí mismo. Pero cuando el miedo se convierte en el eje narrativo esencial, sino exclusivo, estaríamos ya ante un género en principio no recomendable para el público infantil. Establecido este principio general, no obstante, cabría aún alguna precisión. Si hablamos no de niños muy pequeños, sino a partir de los 8 a 10 años, es posible que no resulte inconveniente dejar que vean ciertos relatos de terror por los que se sienten atraídos. Nunca solos,

CONSEJOS PARA LLEVAR (O NO LLEVAR) NIÑOS A VER PELÍCULAS DE MIEDO

1. Dejen que sean ellos quienes lo pidan.
2. Vayan a ver la película antes para decidir si es o no adecuada.
3. No dejen que vayan solos, acompáñenlos.
4. Comenten la película después de verla.
5. Estas recomendaciones deberían aplicarse igualmente en el caso de que la película sea vista, en formato de vídeo, en la pantalla del televisor de casa.

sino en compañía de adultos. Dependiendo de la madurez de cada niño, y sobre todo siempre que la iniciativa parta de ellos mismos, debemos advertir cuando puede haber llegado el momento de permitir que se enfrenten con las figuras clásicas del terror que, por otro lado, es seguro que irán reconociendo a través de su presencia en los medios de masas, desde la publicidad hasta las series de dibujos animados de televisión, muchas veces a través de variantes caricaturizadas y más o menos humorísticas. Hablo de Drácula, del hombre lobo, de Frankenstein, de fantasmas y de monstruos. Por desgracia, la recreación de estas figuras míticas del miedo en el cine reciente ha abandonado, en la mayor parte de los casos, la estilización fuertemente simbólica de las versiones pioneras.

Muy distintas eran las versiones clásicas. Tanto el *Nosferatu* de Murnau (1924) como el *Drácula* de Tod Browning (1931), envuelven las situaciones de miedo en una atmósfera ritualizada y escasamente realista, especialmente para un espectador de hoy en día. Lo mismo sucede con el *Frankenstein* de James Whale (1931). Muchos niños de los años treinta, y aún después, acompañaban a sus padres a pasar miedo con las amenazas de estos casi entrañables monstruos que hoy, acostumbrados nuestros ojos a la exhibición impúdica de toda





clase de detalles violentos, pueden parecerse risibles. Piénsese en la magnífica secuencia de las dos niñas viendo Frankenstein en la pantalla de un cine de verano, en la gris y opresiva España de posguerra, en el excepcional filme *El espíritu de la colmena* de Víctor Erice (1973). Pero la evolución posterior del cine de terror lo ha ido alejando de este modelo, incluso ya en las versiones de la productora británica Hammer en los años cincuenta y sesenta, que popularizaron a actores como Christopher Lee, o en las españolas de Paul Naschy. Una evolución que no sólo implica una orientación cada vez mayor hacia la representación explícita de los momentos violentos y eróticos, frente al uso de la elipsis en las primeras versiones, sino también una degradación de los valores estéticos que alcanzan cotas ínfimas en el caso de la mayoría de las producciones españolas.

LA AMENAZA DE LA BESTIA

Como no tiene mucho sentido intentar que nuestros niños se conviertan en expertos cinéfilos, parece que sólo nos quedaría lamentar que ya no se hagan películas como aquellas. No obstante, hay un clásico del cine de terror que sí ha encontrado una digna continuidad en el cine actual. Hablo de *King Kong* (Cooper y Schoedsack, 1933). En el universo de las figuras del terror, el gran gorila representa la amenaza de la bestia, es decir, del mundo animal que se resiste a ser domesticado y sometido por el poder humano. Pero, también, la nostalgia de la inocencia salvaje que definitivamente la humanidad ha perdido en su loca carrera de desarrollo tecnológico. Esta

doble y ambivalente vertiente estaba magníficamente recogida en el poético relato de los años treinta, pero en 2005 el realizador australiano Peter Jackson ha logrado reproducirla, utilizando todas las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías digitales, sin perder nada de la fuerza simbólica y el lirismo del original y demostrando a un tiempo que para emocionar al público no es indispensable caer en el exhibicionismo de violencias gratuitas.

En la misma línea del *King Kong* de Jackson pueden situarse algunas de las películas del mago del cine de aventuras contemporáneo, Steven Spielberg, como *Tiburón* (1975) o *Parque Jurásico* (1992). Como ocurría con Walt Disney, también Spielberg tiende a dejarse llevar en exceso por la manipulación emocional melodramática y en ocasiones alarga, con una complacencia innecesariamente morbosa, los momentos de tensión violenta. Como en estas películas la amenaza procede de animales, y no de malvados humanos, no existe el problema de maniqueísmo pero, aún así, parece preferible la delicada humanización del gran gorila a reducir la amenaza a unas bestias convertidas en simples asesinos.

DEL TERROR PSICOLÓGICO A LA AMENAZA EXTERIOR

Seguramente es éste uno de los factores clave para decidir si conviene que una película sea vista por espectadores infantiles: que estos puedan construir un adecuado mecanismo distanciador con respecto a lo que ocurre en la pantalla. Por esa razón, el cine de suspense o de terror psicológico no parece en principio el más adecuado. Y tanto menos cuanto más realista sea el modo narrativo empleado. Yo todavía recuerdo el miedo que me provocó ver de niño, en el cine del pueblo, *El cebo* (1958), una magnífica película realizada por el director húngaro afincado en España Ladislao Vajda. Un filme que narraba la terrible historia de un asesino en serie de niños y que sorprendentemente consiguió salvar la censura de la España franquista gracias al expediente de situar la acción en algún remoto país centroeuropeo. En aquella España, naturalmente, tales crímenes no podían ocurrir aunque los niños del franquismo no lo debíamos tener tan claro, a juzgar por el impacto que la película produjo tanto en mi como en mis amigos.

No es este tipo de película, desde luego, el más idóneo para ver en compañía de niños. El modo más recomendable de iniciarse en el género debería ser a través de filmes que combinen el miedo con la fantasía. Yo destacaría, sobre todo, dos directores que, a contramano de las tendencias de terror violento y explícito que han venido imponiéndose en los últimos años, han sabido acercarse a los modelos clásicos en

los que el uso de la elipse y la sugerencia sobre lo que queda fuera de campo, por una parte, y la estilización simbólica, por otra, son los elementos claves en la forma del relato. Estos dos directores son el estadounidense Tim Burton y el también estadounidense, aunque de origen indio, M. Night Shyamalan. Del primero recomendaría sobre todo sus primeras películas, *Bitelchus* (1988) y *Eduardo Manotijeras* (1990), en las que la atmósfera de cuento gótico es tan importante como la propia historia, protagonizada por unos entrañables monstruos que, más que miedo, acaban inspirando lástima. Del segundo, seguramente es mejor comenzar por las últimas, *El bosque* (2004) o *La joven del agua* (2006). No son películas fáciles sino llenas de claves que es preciso ir descifrando con no poca dificultad. Pero, en mi opinión, aunque a los espectadores más chicos (que, en cualquier caso, deberán ser ya crecitos) se les escapen algunas de esas claves, la estructura de cuento alegórico puede ser suficiente para mantener su atención.

En una película anterior, *Señales* (2002), Shyamalan se acercaba a uno de los temas característicos de cierta variante del género de terror: la amenaza de seres venidos de fuera del planeta. El gran clásico moderno de este subgénero, *Alien* (Ridley Scott, 1979), con sus dos excelentes secuelas, es preferible reservarlo para la primera adolescencia. Más asequible para ojos preadolescentes es la reciente versión que de *La guerra de los mundos* hizo Steven Spielberg, con momentos cinematográficamente memorables (la niña contemplando los cadáveres arrastrados por el río) y unos espectaculares y logrados efectos especiales.

MUERTOS Y FANTASMAS

Más comprometido es el caso del primer gran éxito de Shyamalan, *El sexto sentido* (1999), magnífica película que renovó el tema de la presencia de los muertos en el mundo de los vivos, protagonizada precisamente por un niño. No parece una película para ver con niños pequeños porque, sin duda, la inquietud que les puede producir es muy superior a los medios con que cuentan para mediatizar intelectualmente el tema, integrándolo y dándole un sentido. Lo mismo cabría decir de dos excelentes películas españolas del género, que también tienen como tema la relación entre muertos y vivos, con un particular protagonismo de los niños: *Los otros* (Amenábar, 2001) y *El orfanato* (Bayona, 2007). Son éstas, pues, películas que conviene reservar para chicos que hayan cumplido al menos los 10 años y que demuestren suficiente madurez.



Pero, en todos estos casos, nos movemos siempre lejos de las modalidades del cine de terror que parecen haberse adueñado de las pantallas en los últimos años y que causan furor entre los espectadores adolescentes. Suelen citarse dos películas como las que vinieron a marcar el cambio de tendencia con respecto al género clásico: *La noche de los muertos vivientes* (1968) de George A. Romero y *La matanza de Tejas* (1972) de Tobe Hooper.

Una pregunta que debiera inquietar a los padres es por qué a sus hijos adolescentes les gustan estas películas que enaltecen una violencia brutal y sin sentido. Pero éste es ya un tema que supera a este artículo.

PELÍCULAS PARA PASAR MIEDO EN COMPAÑÍA DE NIÑOS O JÓVENES

- *Bitelchus* de Tim Burton (1988)
- *Eduardo Manotijeras* de Tim Burton (1990)
- *Parque Jurásico* de Steven Spielberg (1992)
- *El sexto sentido* de M. Night Shyamalan (1999)
- *Sleepy Hollow* de Tim Burton (1999)
- *Los otros* de Alejandro Amenábar (2001)
- *Señales* de M. Night Shyamalan (2002)
- *El bosque* de M. Night Shyamalan (2004)
- *King Kong* de Peter Jackson (2005)
- *La guerra de los mundos* de Steven Spielberg (2005)
- *La joven del agua* de M. Night Shyamalan (2006)
- *El orfanato* de Juan Antonio Bayona (2007)